

CAPITULO XLVII.

Historia de una india.



ENIA una historia la india Catalina que conviene á mi propósito referir en breves líneas.

Habia visto la luz en Boriquen, y era hija de un guerrero que por su valor habia llegado á ser cacique de una de las tribus más poderosas de la isla.

Su nombre era Bayoan.

Veinte años ántes habia salido de las islas Azores una carabela, á bordo de la cual iba un audaz marino.

Comerciaba con Inglaterra y Francia, y en una de sus expediciones le cogió un fuerte temporal en alta mar.

Aquel hombre amaba á una mujer que, prendada de su valor y de sus nobles cualidades, habia arrostrado la ira de su familia, la habia abandonado y no se separaba de él un solo instante.

En las más peligrosas expediciones le acompañaba, y aquella vez iba tambien en su compañía.

El temporal arreció, é impelidos por las olas al cabo de algunos dias se hallaron en una costa desconocida para ellos.

Pero de todos modos bendijeron al cielo al encontrar en medio de las inmensidades del Océano aquel puerto de salvacion.

Permanecieron algunos dias en la costa sin atreverse á internarse por ignorar si la habitaban personas ó fieras.

Un dia, cuando se disponian á partir en busca de mares desconocidos, cayeron sobre ellos una porcion de indios capitaneados por un hombre de elevada estatura y aspecto formidable.

Era imposible resistir su fuerza.

Todos los europeos fueron aprisionados, y el jefe de los indios, que era Bayoan, se prendó de la hermosura de Luz, que este era el nombre de la amada del piloto.

Separándola á viva fuerza de sus compañeros, la trató con la mayor bondad, la colmó de regalos y la significó el amor que le habia inspirado.

Luz queria á toda costa salvar á su amante y fingió que correspondia al amor del cacique.

Pero Bayoan, que siempre estaba en guerra con los caribes, y se figuraba que los europeos habian llegado á la isla de Boriquen en son de guerra, resolvió tomar represalia y dispuso lo necesario para que fueran descuartizados y arrojados al mar.

Los portugueses lucharon con sus verdugos, y solo cuatro pudieron escaparse hácia la playa, volver á su embarcacion y darse á la vela.

El piloto sucumbió á manos de los indios con los demas que no lograron escapar.

Esta noticia consternó á Luz y se negó á admitir en su presencia á Bayoan, que habia dispuesto aquellos horribles asesinatos.

Pero pasó el tiempo, se vió enteramente sola, comprendió que podia dominar á aquel hombre y vengarse un dia del inmenso dolor que habia producido en su alma, y accediendo á su pasion cayó en sus brazos.

De aquel amor nació la india á quien hemos conocido con el nombre de Catalina.

Bayoan adoraba á Luz.

Por ella centuplicaba su valor al combatir con sus enemigos, y era afable y cariñoso con sus súbditos.

Luz fué madre, y el sentimiento maternal borró de su alma el odio que sentia hácia aquel hombre.

Catalina, que recibió el nombre de Anaibelca, lo que quería decir en el idioma indio *Flor de Palma*, reunió al nacer las bellezas de la raza europea y de la raza americana.

Su hermosura fué la envidia de todas las indias y el encanto de los indios, que la contemplaban embebecidos, admirando su peregrina belleza.

Pero cuando su madre hubiera podido enseñarle su idioma, una cruel enfermedad la arrebató la vida, y á los cinco años se quedó Flor de Palma, que así la llamaremos, sin más cariño ni más amparo que su padre, el esforzado caudillo á quien los caribes temian.

Idolo de todos los habitantes de la isla, á la muerte de Bayoan la aclamaron por su reina y cacique, y Flor de Palma eligió para esposo al guerrero más predilecto de su padre.

Gobernó con él algun tiempo la isla, y los caribes que habian tenido ocasion de admirar su belleza y que anhelaban aprisionarla, intentaron mil veces apoderarse de ella y llevarla á sus islas.

De pronto cayeron como un azote sobre Boriquen.

La lucha fué espantosa.

Flor de Palma cayó en las manos del jefe de los caribes, quien corrió con su presa á su canoa, llevándosela á Guadalupe y teniéndola como prisionera en su choza.

Cuantos esfuerzos hizo para que le amase fueron inútiles.

Flor de Palma le aseguró mil veces que preferia morir á ser suya.

Pero el cacique confiaba en que tarde ó temprano se doblegaría su indómita fiereza.

Un año de cautiverio llevaba con algunas otras mujeres de su corte cuando llegó Colon y envió al indio Diego con otros varios á que explicase á los naturales del país cuáles eran sus intenciones.

El jóven indio, dotado de una inteligencia superior y de un corazon sensible, habia admirado en España la belleza de las mujeres que rodeaban el trono de la reina Isabel, cuando por la primera vez se presentó á su vista.

Pero sabia que aquellas mujeres no le amarian nunca por que él pertenecia á otra raza inferior.

Al encontrar á Flor de Palma, india como él, pero con facciones que se asemejaban más que las de las otras mujeres á las de las españolas, se prendó de su belleza y sintió un amor vehemente hácia aquella reina desgraciada que acudia á pedirle auxilio rogándole que la llevase á su isla.

Flor de Palma comprendió desde luego que habia despertado el amor en el corazon del jóven indio, y deseosa de volver á su patria le hizo concebir esperanzas.

Tocaron en Boriquen.

Flor de Palma, á quién nombraremos ya Catalina, quiso quedarse en la isla, pero Colon, so pretexto de que deseaba protegerla y ampararla, no la dió la libertad que ambicionaba y la llevó con sus compañeras á la Española, en donde confiaba que la benevolencia con que pensaba tratarlas seria un motivo más de gratitud hácia él.

Pero Catalina, aunque fingió conformarse de buen grado con aquella órden, abrigó desde el momento en que perdió las esperanzas de volver á su patria, la idea de aprovechar la primera ocasion que tuviera para separarse de él.

Sabia que el almirante profesaba un gran afecto al indio intérprete.

Dominándole podia llegar á conseguir en un momento dado que la ayudase á conquistar la libertad que ambicionaba.

Pero cuando se halló en presencia del soberano de Haiti, cuando leyó en su mirada el amor que le habia inspirado, el deseo de libertad y un sentimiento de ambicion le hicieron concebir un proyecto.

Haiti era un país más rico, más hermoso, más brillante á sus ojos que Boriquen.

Llegar á ser la soberana de aquel pueblo, lograr por el amor que habia inspirado al rey armar su brazo contra los españoles, libertarse de ellos para siempre y ser en Haiti lo que habia sido en Boriquen, el ídolo de todos, fué su única aspiracion.

Diego, que habia sorprendido en Guacanajari la amorosa mirada que habia dirigido á Catalina, sintió el torcedor de los celos en su alma.

—Soy esclavo; se dijo, debo mi vida á mi protector; he jurado servirle fielmente, y tengo que sacrificar mis sentimientos; pero la amo tanto. . . .

Al pronunciar en el fondo de su alma estas palabras, lágrimas de dolor inundaron sus pupilas.

Catalina estaba ébria de gozo, porque le sonreia la esperanza.

—El rey de Haiti, le dijo Diego, aprovechando un momento en que pudieron hablar, te ha mirado con amor; esa mirada ha sido la muerte de mi felicidad.

—¿Y tú puedes creerlo? exclamó la taimada Catalina. Antes que á él te he inspirado á tí amor; tú me has salvado de las manos de mis enemigos, tú me has presentado á tu amo y has obtenido su proteccion para mí. La gratitud ha despertado en mi alma el amor. En las brisas que acarician mi rostro te envío mis suspiros; en mis miradas te doy á beber el fuego que consume mi sér; no hay música más grata para mí que tu voz.

Diego creyó aquellas pérfidas palabras, que no eran más que el canto de la sirena, y arrullado por ellas vió renacer la esperanza en su corazon.

Pero aquel mismo dia, casi al anochecer, cuando Flor de Palma y sus compañeras estuvieron solas:

—Hermanas mias, las dijo; ante todo la libertad. Aquí nos colman de agasajos; nos ofrecen joyas para adornar nuestros cabellos, nos brindan sabrosos manjares; pero ¿qué hay en el mundo que pueda compararse con la libertad? Nosotras éramos libres; viviamos dichosas en nuestra tribu; yo era la reina; mi voluntad era acatada por todos; no habia quien no buscara mi mirada para reforzar su valor ántes de ir al combate; mi amado esposo decia que no brotaban las flores en los campos si yo no los miraba. Léjos de nuestros amantes, de nuestros hermanos, de nuestros hijos, abandonadas nuestras casas, ¿qué podemos esperar de los que nos han sacado de una esclavitud para arrojarnos en otra? Si teneis valor, aún podemos luchar y ser libres.

—Habla, habla, exclamaron con ansiedad sus compañeras.

—¿No habeis observado al rey de Haiti?

—Sí.

—¿No habeis leído en sus miradas que he despertado un inmenso amor en su pecho?

—Sí, sí, gritaron sin envidia aquellas mujeres, porque no eran europeas.

—Pues bien, oid mis palabras, y ¡ay! de vosotras si me descubris.

Todas la rodearon.

—Guacanajari volverá; me lo ha prometido en su mirada.

Yo hablaré con él; nuestro protector me proporcionará esta ocasion.

Yo diré al rey de Haiti que le amo, que quiero ser su es-

posa; le pido para mí y para vosotras su proteccion, y una noche, cuando todos reposen, nos lanzamos al agua, corremos presurosas á la orilla, nos amparamos bajo la proteccion de Guacanajari, inculcamos en el pecho de todos sus guerreros odio eterno contra nuestros opresores, luchan con ellos, los vencen y nosotras somos libres.

Las indias acogieron con entusiasmo aquel proyecto.

Catalina no se habia equivocado.

Al dia siguiente volvió Guacanajari á bordo y preguntó á Colon por Catalina.

El almirante conoció desde luego que el rey se habia prendado de su hermosura.

¿Qué más podia desear?

Aquella india le estaba sumamente agradecida: así al ménos lo demostraba.

Dominado su corazon, le aconsejaria siempre benevolencia para con ellos.

Catalina fué llamada por el almirante, y Guacanajari y Flor de Palma pudieron hablar á solas.

—Tú serás reina de mi reino, repitió Guacanajari despues de haber oido de sus labios que anhelaba su amor, porque su amor era la libertad.

Para excitarle á que la ayudara en su empresa, contó Catalina horrores de los españoles.

Díjole, entre otras cosas, que el almirante mismo habia querido ser dueño de su hermosura, que el ánimo de aquellos hombres que llegaban en las embarcaciones no era otro que el de apoderarse de Haití, para esclavizar á sus moradores.

Estas palabras produjeron una inmensa tristeza en el ánimo de Guacanajari.

No era la primera vez que las escuchaba.

El butio Ainaibac las habia pronunciado al volver de la visita que con él habia hecho á la escuadra española.

CAPITULO XLVIII.

La paz entre los indios.

Rey de Haití, dijo Ainaibac á su soberano cuando, despues de regresar de la visita á la escuadra de Colon, se despidió de su séquito y quedó á solas con su butio; rey de Haití, voy á turbar la felicidad que hay en tu pecho, pero Vagoniana al darme la penetracion que tengo para leer en los ojos de los demas los sentimientos de su alma, me ha impuesto el deber de ser leal con mi soberano.

Tú amas á los españoles porque crees que son enviados del cielo; has visto en los regalos que te han hecho, en los agasajos con que te han colmado pruebas de su amistad; has creido que el único objeto de su venida es defendernos de nuestros enemigos.

Aleja para siempre esas creencias: yo he leido en las miradas de los extranjeros la ambicion de someternos y dominarnos.

Se presenta á tí como amigo leal para tenderte el lazo con más seguridad.

No, no es protegerte de nuestros enemigos; no es vengarte de Caonabo y de los caciques que se han rebelado contra tí; no es el deseo de apagar la tea de la discordia que arde en tu patria el que les anima. Sedientos de oro, quieren por medio de un simulado afecto apoderarse de tí para poner en tu cuello la cadena del esclavo, para convertir á tus súbditos en siervos.